

ELVIRA VALGAÑÓN

# Invierno

## ÍNDICE

Asustacuervos .....	7
1. El soldadito de plomo (1809) .....	11
2. La reina de las nieves (1942) .....	21
3. El enano saltarín (1957) .....	53
4. El flautista de Hamelín (1963) .....	79
5. El soldadito de plomo (1965) .....	95
6. El otro soldadito de plomo (1965) ....	101
7. La reina de las nieves (1965) .....	117
Asustacuervos .....	129

## ASUSTACUERVOS

—Nos está mirando uno.

—¿Qué? ¿Quién? —pregunta el otro, asomando la cabeza por encima del muro.

—Ese.

Cuando se marchan, él vuelve a quedarse solo.

El hombre que le puso la chaqueta y el sombrero se dará cuenta de que faltan avellanas de su árbol y de que unos pies que no son sus pies han pisoteado los renques de las berzas.

Y puede que lo mire enfadado, como si no se acordara de que él está ahí para otra cosa. Pero enseguida dirá: Como los coja. Y recogerá del suelo el sombrero que ha volado de una pedrada y se lo pondrá, murmurando un juramento. Y le pondrá bien la chaqueta medio caída y le dará una palmadita en el hombro. ¡Ay de ellos, como los coja!, dirá entre dientes.

El hombre que le puso la chaqueta y el sombrero viene todas las tardes. Tiene la piel curtida por el sol y las manos ásperas. De trabajar la tierra. De segar con el dalle la hierba de los *praos*. A veces se acerca él y le pone bien el sombrero o le rellena de paja un

brazo que se le ha ido quedando vacío. A él le gusta su compañía. Y que silbe mientras arregla los renques o planta patatas o recoge caparrones. Y que se remangue las mangas de la camisa hasta los codos. Y que mire a las nubes con aire retador cuando viene el verano y no le traen el agua que necesita la hierba. Y que a veces canturree canciones que él no conoce. Y que a veces hable en voz alta pensando que habla solo pero hablándole a él.

—Este año no maduran —dice resignado, mirando las tomatas cargadas de tomates verdes y duros como piedras.

—Estas patatas no valen nada —dice.

—Ese manzano hay que podarlo —dice chasqueando la lengua.

El hombre que le puso la chaqueta y el sombrero viene todos los días a la huerta. Pero ahora ya no tiene que regar, ni arrancar las malas hierbas, ni se sienta un rato a la sombra del manzano antes de marcharse.

Ahora que las noches son frías y la tierra ya no se ahueca cuando sale el sol, solo quedan en la huerta las berzas y las acelgas. Y algunos puerros. Y la huerta, que es la misma, parece otra.

Ahora, por las tardes, la niebla que baja de los montes se enreda en las ramas de los árboles y, al amanecer, el zagal que conduce a las ovejas hacia el barranco de la dehesa camina encogido y se frota las manos para espantar el frío. A él lo despiertan cada día los cencerros que pasan junto a su muro. Al removerse nota en los brazos cristales de escarcha y el tacto apelmazado de los faldones de su chaqueta y eso es que se acerca el invierno.

Lo que recuerda empieza una mañana de verano. La luz del sol, brillante y cegadora, las manos ásperas del hombre que le puso un sombrero y lo vistió con una chaqueta vieja, que se alejó un poco para mirarlo y dijo algo que no comprendió. Árboles y surcos de tierra oscura. Al principio pensó que también a él le brotarían de los brazos frutos redondos y brillantes. Ahora sabe que los árboles son árboles y los tomates, tomates y que la huerta que habita solo es una parte del mundo.



## I. EL SOLDADITO DE PLOMO (1809)

Notó la camisa empapada y un escalofrío largo que le recorrió la espalda. Eso quería decir que todavía estaba vivo. Le ardía la garganta. Se estiró todo lo que pudo para sorber las gotas de agua que quedaban sobre las briznas de hierba y tuvo que apretar los dientes para no gritar de dolor. Antes de volver a desmayarse se acordó de los otros tres.

Marton. Éliás. Gazsi. Muertos. Se había alejado de ellos con la culpa de no haberlos enterrado. Pero tuvo miedo de que volvieran los brigantes y descubrieran que a él lo habían dejado vivo. Eran siete. Les habían quitado las armas y las botas. Les habían hecho andar descalzos mucho rato, como si no supieran qué hacer con ellos. Cuando se cansaron, les mandaron parar, se bajaron de los caballos y los cosieron a bayonetazos.

Pero él se despertó.

Al ver a los otros supo que a él lo habían dejado también por muerto.

Estoy vivo, pensó y se llevó la mano a la herida del costado para parar la sangre. Marton había caído a su lado y tenía los ojos abiertos. Estiró el brazo para cerrárselos. Éliás y Gazsi habían caído bocabajo, no les veía la cara. A pesar del miedo, contuvo el impulso de levantarse. Estoy vivo, se repitió, y se obligó a esperar allí, sin moverse, a que estuviera oscuro.

Cuando anocheció, se levantó por fin. Tambaleándose, se internó en un hayedo y, cuando ya no pudo caminar más, se dejó

caer contra un árbol hasta que quedó tumbado sobre el suelo mullo de musgo y hojas muertas.

Vagó por los montes muchos días, sin saber a dónde ir, con el miedo de que volvieran a encontrarlo. Los suyos o los otros. A los desertores los fusilaban. Los suyos y los otros. Seis días. O diez. No sabía. Se había lavado las heridas en un río. Se las vendó como pudo con jirones que arrancó de la camisa. La del costado era profunda y le dolía todo el tiempo. A veces soltaba un líquido marrón que olía mal. A veces el dolor le cortaba la respiración y tenía que detenerse un rato para recuperar el aliento. Tenía los pies en carne viva. No se atrevía a hacer fuego.

Por las noches buscaba el cobijo de los árboles, pero lo despertaba el frío. Los jabalíes que hozaban la tierra. Los aullidos de los lobos.

La calentura le traía fantasmas. Una tarde, mientras comía un puñado de africes, Marton se sentó a su lado y le ofreció agua de su cantimplora. Él lo miró con los ojos muy abiertos. La herida de la pierna también le había empezado a oler mal. Me voy a morir, pensó. Y no quiso morir en el monte como un animal.

Bajó por el barranco de las hayas buscando los caminos que había dejado atrás y no paró de andar hasta que no pudo más. Al amanecer lo despertaron cencerros de ovejas y, a lo lejos, vio al zagal que subía con el rebaño por el sendero que llevaba a la dehesa. Como pudo se levantó y echó a andar de nuevo.

Había pasado junto a otro río y junto a una huerta guardada por un espantapájaros que lo miró con lástima. Eso le pareció. Había saltado la cerradura de un prao para comer avellanas, pero no fue capaz de partirlas.

Estaba cerca de un pueblo.



La segunda vez, al despertarse, oyó las voces de dos hombres. Con esfuerzo logró entreabrir los ojos y acertó a distinguir dos siluetas borrosas que se le acercaban titubeantes.

—Está vivo —dijo uno, el que se había agachado a su lado.

—Es un francés —dijo el otro.

—Está vivo —repitió el primero—. Aquí no podemos dejarlo. Se lo llevaremos al alcalde.

Notó que lo levantaban y lo movían. Algo murmuró pero ellos no le oyeron. Volvió a desmayarse.

La tercera vez que se despertó estaba en una cama. Le habían quitado la camisa y los pantalones. Notaba la almohada blanda bajo la cabeza y la sábana que lo cubría olía a limpio. Hacía muchos meses que no dormía en una cama. Como a lo lejos, oyó voces que decían palabras que no entendía y otras que había aprendido a entender. Grave, infección, gangrena. Voces de hombre y también una mujer.

—Es un francés —dijo la mujer.

—Es un herido —dijo otra voz— y a los heridos los curamos. Si podemos.

—Es un francés —insistió ella, con el mismo tono con el que se hubiera referido a una alimaña del monte.

Me voy a morir, pensó.

Pasó muchos días en un duermevela afiebrado, sin saber dónde estaba. Lo rodeaban voces y palabras que no entendía. Sombras borrosas que le curaban las heridas y le ponían en los labios una esponja empapada en agua para que bebiera. Que le secaban el

sudor de la frente y le sujetaban la cabeza para que pudiera tragar una sustancia pastosa.

Con la fiebre le rondaban los fantasmas. Marton. Éliás. Gazsi. El sargento Lebrou. Pero también otros. Su padre, muerto hacía cuatro años, antes de que a él lo mandaran a la guerra. Los guerrilleros a los que habían emboscado a principios del verano. Los tres carboneros de Monte Latorre. Aquel hombre que se había negado a entregar su vaca. Matadlo, había dicho el capitán. Y llevaos la vaca. El hombre de la vaca había abierto mucho los ojos, como si entendiera. Cuando se alejaban de la casa, él oyó los gritos de la mujer y los lloros de los hijos.

Al cabo de muchos días volvió a notar el tacto de la sábana en la piel, la almohada blanda bajo la cabeza. Volvió a saber quién era y dónde estaba. También sintió las manos de la mujer que le limpiaba las heridas. No estoy muerto, se dijo. Respiró hondo. Y abrió los ojos. La mujer que le limpiaba las heridas lo miró con sorpresa.

—Estás despierto —murmuró con el gesto serio, más para sí misma que para él—. Hay que avisar al médico.

Quiso decirle algo pero no pudo.

Cuando se quedó solo, el primer impulso que tuvo fue buscar los bultos de sus propios pies. Solo encontró uno. Apretó los dientes. Apretó los puños y los clavó en el colchón y se irguió lo que pudo, sin saber de dónde le venía la fuerza.

Solo uno.

Agotado, se dejó caer sobre la almohada.

La mujer volvió al poco rato con el médico. Después de examinarlo, el médico dijo:

—Que tome caldo. Y que no se mueva mucho.

También dejó escrita una nota para el boticario que la mujer deletreó trabajosamente, porque solo sabía leer en voz alta: Pa-ra-

el-he-ri-do-láu-da-no lí-qui-do co-ci-mien-to-an-ti-pú-tri-do tin-tu-ra-de-mi-rra di-ges-ti-vo-bal-sá-mi-co.

Luego se marchó. Cuando volvió, le traía un cuenco de caldo. Le puso otra almohada bajo la cabeza y arrimó un banquito a la cama para sentarse. Él cerró los ojos y apartó la cara.

—Tendrás que comer —dijo la mujer acercándole la cuchara hasta pegársela a la boca, como si fuera un niño. Pero él no abrió los ojos ni se movió.

Al día siguiente la mujer volvió con otro cuenco de caldo y arrimó el banquito a la cama. Se lo llevó sin tocar. El tercer día la mujer dejó el cuenco de caldo en la mesita. El cuarto día le dijo:

—Si no comes te morirás.

Él cerró los ojos. No estoy muerto, se dijo. Y se obligó a abrir los ojos otra vez. Y a levantar la mano y a coger la cuchara. Y a llevarla de sopa y a llevársela a la boca. Y se obligó a tragar. Cuando lo vio, la mujer, que había abierto la cómoda para sacar sábanas limpias, volvió a acercarse a su cama y le cogió la cuchara de las manos temblorosas.

—Está bueno el caldo —dijo—. Lo he hecho yo.

Cuando terminó de darle de comer la mujer sonrió satisfecha y se marchó.

Al día siguiente volvió el médico. Venía con el juez de Cerveda y con el escribano y con otro hombre que era el alcalde del pueblo. Lo miraron muy serios. Miraron a donde tenía que haber una pierna. El enfermero trajo unas sillas para que se sentaran. El juez le habló en francés y lo miró extrañado cuando él negó con la cabeza.

—No francés. Allemand. Hongrois.

Intentó contestar a las preguntas que le hacían. Como pudo. Con las manos. Con algunas palabras en francés. Con las pocas

palabras de español que había ido aprendiendo desde que llegó. Al cabo de un rato el médico miró a los tres hombres y dijo:

—Ya es suficiente.

El juez asintió y le hizo un gesto al escribano, que le tendió el papel y le puso la pluma en las manos para que escribiera allí su nombre.

La mujer venía todos los días a curarle la herida del costado y a cambiarle las vendas. Tenía manos de madre. Se llamaba Irene. I-re-ne, le había dicho para que él lo repitiera. I-re-ne. Era la mujer del enfermero. A veces hablaba, le contaba cosas, aunque sabía que no la entendía.

Ya podía incorporarse y comer solo. Pero se cansaba pronto de estar sentado. No sabía cuánto tiempo llevaba en el pueblo. Semanas. Meses. A veces le dolía la pierna que le faltaba.

Por las noches le seguían rondando los fantasmas.

Marton se sentaba a su lado, en el banquito de madera que ponía la mujer junto a la cama. Gazsi, el tartamudo, daba paseítos por la habitación y hablaba sin parar, como hacía siempre. Éliás no. Éliás lo miraba muy serio. Miraba a donde tenía que haber una pierna. Otras veces miraba por la ventana. Miraba la nieve. ¿No ves como yo tenía razón?, parecía decirle. Esto no es una guerra.

Eso era lo que había dicho el día que se marcharon los cuatro. Marton, Éliás, Gazsi y él. El regimiento iba camino de Burgos. Habían acampado en un llano para pasar la noche. Ellos abandonaron la guardia y se alejaron por los montes.

Pasaron varios días escondidos, lejos de los pueblos. No se atrevían a hacer fuego. Sabían que si los encontraban los matarían. Los suyos o los otros. A los desertores los fusilaban. Los suyos y los otros. Esto no es una guerra, había dicho Éliás el día que se

marcharon, una guerra no es matar a los labradores para quitarles el grano y la vaca.

El hombre de la vaca se quedaba quieto a los pies de la cama mirándolo fijamente, sin decir nada. Con el tajo abierto en la garganta y la camisa llena de sangre.

Una tarde oyó ruidos detrás de la puerta y pensó que venían a buscarlo.

Se incorporó despacio, apoyando los codos en el colchón y luego los puños apretados, para que no lo encontraran tumbado. Pero se abrió la puerta y apareció la niña.

La niña lo observó con ojos muy abiertos. Tendría seis o siete años. Él, con un suspiro de alivio, apoyó la espalda en la almohada y sonrió. Le hizo un gesto con la mano para que se acercara. La niña se fue acercando despacito a la cama. Llevaba en las manos un pucherito de barro. Lo miró un rato en silencio. Miró a donde tenía que haber una pierna.

—¿Te duele? —preguntó por fin.

Él creyó entender y negó con la cabeza.

—Traigo manzanas asadas. ¿Te gustan?

Él la miró sin comprender.

—¿No sabes hablar?

Volvió a mirarla con expresión desorientada. Pero la niña no se dio por vencida.

—Yo me llamo Juliana —dijo tocándose el pecho con el dedo.

—Mihály —dijo él.

—Mihi —repitió la niña. Y lo miró contenta, como si entre los dos hubieran logrado una gran hazaña.

Él sonrió. Cogió un trapillo que había en la mesita que tenía junto a la cama y le hizo unos nudos. Se lo puso en la mano como si fuera una marioneta y se lo enseñó a la niña.

—Nyúl.

—¡Un conejo!

—¡Conejo!

Sonriendo otra vez, le tendió a la niña el conejito de trapo. Ella pareció dudar, no sabía dónde dejar el puchero. Por fin se decidió y ya lo iba a poner en la mesilla cuando llegó la mujer del enfermero.

—Juliana, ¿qué haces aquí?

La niña enseñó el puchero estirando los brazos.

—Me manda mi madre. Son para el francés.

—Anda trae.

La niña le dio el puchero y volvió a mirarlo a él.

—¿Se va a poner bueno?

—Sí —contestó la mujer sonriendo—. Se va a poner bueno.

—¿Puedo venir a verte otro día? —le preguntó a él.

Él volvió a ofrecerle el conejo de trapo. La niña lo cogió, le sonrió y marchó corriendo.

No sabía cuánto tiempo había pasado. Semanas. Meses. Un día la mujer del enfermero se acercó a su cama con una muleta de madera.

—El médico ha dicho que tienes que empezar a andar.

Se mareó al sentarse en el borde de la cama. Apretó los dientes y apoyó en el suelo el pie que le quedaba. Esperó un poco. Ella lo ayudó a ponerse de pie. Solo aguantó un momento, agarrado a la muleta con las dos manos. Volvió a sentarse en el borde de la cama. La mujer del enfermero dejó la muleta apoyada en la pared y lo ayudó a tumbarse otra vez.

—Es normal —decía la mujer—, todavía estás débil.

Al día siguiente logró avanzar unos pasos. Otro día llegó hasta la ventana.

—Poco a poco —decía la mujer.

Por la ventana se veía una calle que desembocaba en una plaza. Ese era el único trozo del pueblo que había visto en todo ese tiempo. A veces se quedaba allí con Marton a su lado hasta que se cansaba de estar de pie. Miraban a la gente que pasaba. A algunos había aprendido a reconocerlos. De algunos sabía los nombres por haberlos oído. Ese es el barbero, le decía Marton, su mujer es la que te trajo los huevos. Aquel se llama señor Damián. Las mujeres, que van al río. Ese debe de ser el maestro. Esos dos han robado nueces, traen los dedos amarillos. Ese es el alcalde.

Una mañana lo despertó un estruendo de cascos de caballos y muchos gritos. Vienen a por mí, pensó. Marton, que estaba junto a la estufa, dijo que sí con la cabeza. Él se incorporó para que no lo encontraran tumbado y buscó con la mirada la muleta. Estaba apoyada en la pared. Apretó los puños y esperó.

Pensaba que los soldados iban a entrar en cualquier momento. A llevárselo. Por los gritos parecía que eran muchos. Por el ruido parecía que iban a echar la puerta abajo. Pero no llegaron a entrar. Después supo que el médico no lo había permitido.

La segunda vez que vinieron, esa misma tarde, eran más de cien. Los del pueblo volvieron a salir de sus casas para pedir que lo dejaran allí pero los soldados traían orden de llevarlo. Otra vez oyó voces. Después supo que la mujer del enfermero se les puso delante de la puerta a los soldados y a gritos los llamó cobardes por venir tantos a por un hombre solo y desarmado.

—Apártate mujer —oyó decir a uno, seguramente el que los mandaba.

Ese fue el que entró. Se acercó hasta su cama sin decir nada. Era alto y serio. Muy joven. Lo miró apretando las mandíbulas. Miró a donde tenía que haber una pierna.

—*Habille-vous.*

Irene lo ayudó a ponerse una camisa y unos pantalones cortados que traía. Con una pernera cosida a la altura de la rodilla. Serán de su marido, pensó. Los ha cortado para mí, pensó. También le calzó una alpargata en el pie que le quedaba. Tuvo que apoyarse en ella además de en la muleta para poder salir.

Cuando lo subieron al caballo puso todo su empeño en mantenerse erguido. Se agarró a la brida con las manos atadas.

—No hace falta —había dicho Irene al que más mandaba—. ¿No ve que no puede ni andar?

—Es un prisionero.

Cada paso del caballo le cortaba la respiración. Él apretó los dientes y los puños. Los buscó con la mirada. Marton caminaba a su lado con aire tranquilo. Éliás y Gaszi también se iban con él.

Los del pueblo, que seguían en la plaza a pesar de las amenazas de los soldados que les apuntaban con bayonetas, le dedicaron una despedida muda. Algunos miraban al suelo. Entre los que lo vieron marchar estaba la niña del conejito de trapo. Lo miraba con los ojos muy abiertos, agarrada a las faldas de su madre.

—No pasa nada —dijo él para que ella lo oyera cuando pasó a su lado. Y le sonrió.



## 2. LA REINA DE LAS NIEVES (1942)

### LA CASA DE LOS MAESTROS

La casa de los maestros estaba cerca de las escuelas. Tenía un escudo de piedra con agujeros, una veleta de gallo con la cresta partida y un patio con un nogal.

Fue cosa de don José el Cubano que aquella casa en la que había nacido él —la que mandó arreglar cuando volvió de América, la que tenía un escudo que mandó poner él, igual que el que le habían puesto en la del Prao del Francés, solo que más pequeño— quedara para casa de los maestros del pueblo. Hasta entonces, contaban los viejos, los maestros habían dormido siempre en las mismas escuelas, en un cuarto que les dejaba para vivir el Ayuntamiento.

Cuando llegó al pueblo don Luis, el maestro nuevo, aún quedaban algunos que recordaban a don José. Y muchos que repetían las historias que les habían oído contar a otros. La de los pájaros de colores, la de la casa de las pérdidas, la de la carrera que hubo en la dehesa, la de la casa del Prao del Francés... A don José enseguida empezaron a llamarlo en el pueblo el Cubano, aunque no estuvo nunca en Cuba. Venía de América, eso sí. Venía viudo y sin hijos. Y muy rico. Pero su regreso quizá no hubiera tenido nada de extraordinario, otros había que se iban de su pueblo y volvían a la tierra con la fortuna hecha y dineros para hacerse casa o arreglar el coro de la iglesia o regalar unos ciriales o un sagrario de plata, de no haber sido porque estuvo precedido por aquel en-

viado suyo que llegó dos años antes que él y trajo el encargo de la construcción de la casa. La del Prao del Francés, que tanto daría que hablar en el pueblo y que, a los pocos meses de la muerte de don José, cuando se marcharon los últimos criados que quedaban y clausuraron los salones de techos altísimos, cubriendo los muebles con sábanas, descolgando una por una las lámparas, quedó abandonada a su suerte, a merced del tiempo implacable y de las noches frías. Así la conoció don Luis, el maestro nuevo. Habitada por fantasmas, devorada por la escarcha de los años, que había carcomido los azulejos de las fuentes y reducido a polvo brillante los cristales del invernadero, a la espera de aquellos misteriosos herederos ultramarinos sobre los que se habían hecho también mil conjeturas, pues siempre parecían a punto de llegar para reclamar lo que era suyo pero nunca terminaron de aparecer, convencidos tal vez de que no se les había perdido nada en aquel lejano pueblo de España, donde, les habría contado el señor Reitman cuando acudió a transmitirles las últimas voluntades del difunto, el invierno duraba el año entero.

Mozo y sin un real en el bolsillo había marchado don José a América, como tantos otros. Pero él volvió viudo y sin hijos, y muy rico, convertido sin querer en todo un personaje del que hablarían los hombres en la taberna y las mujeres en el río. Nada más llegar, don José se instaló en su casa recién terminada, con escudo —solo la Casa Grande de don Cosme era más alta y tenía más ventanas y balcones—, se compró un faetón y dos caballos palominos y contrató a Luciano, el de la banda de Cerveda, que era alto y buen mozo y sabía llevar bien el uniforme, para que fuera su cochero y le cuidara el faetón y los caballos palominos.

Dos años antes había hecho venir al pueblo a aquel extraño hombrecillo de fino bigote que iba a todas partes ataviado con bombín y terno inglés y envuelto en un abrigo de nutria, largo hasta los tobillos, que no se quitó ni en los días de más calor de los dos veranos que pasó en el pueblo. Se instaló en la fonda de Beni-

to, exigió tener siempre dos braseros encendidos en su cuarto, y se presentó en el ayuntamiento a los pocos días de su llegada con un cartapacio lleno de papeles y una tarjetita de papel satinado en la que decía Ezequiel Reitman, abogado. Su cliente, dijo, don José Alzuza Bengoa deseaba construir una casa en el Prao del Francés, allí estaban los planos y el contrato de compraventa del terreno a nombre de su cliente, faltaba el permiso del Ayuntamiento; su cliente, dijo también, deseaba además arreglar la casa que fue del difunto Ventura Alzuza, la que estaba al final de la calle Somera, también llamada calle de las Escuelas, en la que había nacido don José Alzuza Bengoa, su cliente. Pero si esa es la casa del carretero... fue lo único que acertó a balbucir el alcalde, abrumado por aquel despliegue de papeles y por el extraño acento del forastero. Eso no será problema, contestó.

Al cabo de tres días Ezequiel Reitman ya tenía un ejército de albañiles contratado con el encargo de construir aquella casa que no se parecía a ninguna que se hubiera visto por allí. Y en la fachada mandó colocar aquel escudo inventado por él o tal vez comprado a otros o arrancado a saber de qué otra casa... Pero era capricho de don José que tuviera su casa escudo. Igual que fue capricho el jardín inglés, en el que quiso que hubiera palmas y araucarias. Igual que fue capricho hacer traer los pájaros de colores y construirles una jaula en el invernadero para que vivieran allí y no pasaran frío en invierno. Igual que fueron capricho los caballos palominos, únicos en la región, que podían haber habitado los establos de cualquier marqués —y como en los establos de un marqués vivían, decían en el pueblo con escándalo, cubiertos por las noches por mantas de lana, cepillados con celo por Luciano, trescientas veinte cepilladas a cada uno, ciento setenta y dos de un lado, ciento cuarenta y ocho del otro, comiendo únicamente el pienso que les hacían para ellos en el molino y que iba Luciano a buscar una vez al mes—.

Es de suponer que aquellos años primeros, los que siguieron al regreso de don José, se pusiera en marcha más de un plan implacable destinado a cazar al Cubano pues por la casa del Prao del Francés desfiló un sinnúmero de damas empeñadas en meterle a don José a sus hijas por los ojos. Pero enseguida quedó claro que él prefería entenderse con las chicas de doña Valeria a buscarse mujer nueva. Cuando le parecía, se vestía elegante, se perfumaba y le pedía a Luciano que lo llevara a Cerveda. Con el cochero esperándolo abajo, don José subía con parsimonia las escaleras que conducían a las habitaciones de las muchachas y allí pasaba las horas, ajeno a los comentarios que suscitaba la presencia del faetón en la puerta de aquella casa.

A don José se le perdonaron en el pueblo los viajes a Cerveda y las visitas a la casa de las perdidas, porque cuando se hizo más viejo cambió las putas por la filantropía.

Primero regaló a la escuela una colección de libros y, como al cabo aquello le pareció poco, hizo traer de la capital una biblioteca entera con tres estanterías de roble y todo. Don Andrés, el cura, que paseaba ensotonado las legañas de la siesta la tarde que apareció el carro cargado a las puertas de la escuela, recibió con el morro torcido aquellos cajones, pues no solo desconfiaba de lo que venía de fuera, sino porque consideraba un despropósito que a él nadie le hubiera consultado aquello y más que fuera cosa de don José el Cubano que, por más que él había porfiado, seguía sin ir misa.

Por su parte don Cirilo, el maestro de entonces, recibió aquella novedad sin poder creerse la suerte que tenía. Cada día esperaba impaciente a que terminaran las clases para quedarse solo en la escuela y pasarse frente a las estanterías, acariciando los lomos de los libros, mirándolos con gesto enternecido hasta que por fin elegía uno para leer esa noche, junto a la estufa, sin saber que aún le quedaba una sorpresa mayor, la de la casa, que llegó con la muerte de don José, un par de años después.